

SPRINKLES

*Gilda Pacheco Acuña**

Había una vez, en una caliente tarde de julio, periodo de vacaciones escolares, un par de niños inquietos quienes hicieron a su madre la típica y a la vez temida pregunta, “Mami, ¡qué aburrido! ¿Qué hacemos?”.

La madre, por su parte, conciente de la época, del sofocante clima y quien también se encontraba de “vacaciones” (como si tal realidad existiera para una madre) vislumbró una solución al problema y así lo manifestó sin titubeos: “Pues, salgamos a la calle”.

Los niños no se hicieron de rogar y sacaron rápidamente sus bicicletas para disfrutar del sol, de las vacaciones, de la apacible tarde. La madre estaba orgullosa de su idea, pues el ejercicio físico era muy saludable, el sol era necesario para un buen crecimiento y además esto era una forma segura, al menos por un rato, de que sus hijos se olvidaran de los sedentarios y adictivos juegos de video.

Todo era perfecto, los niños reían y la madre leía, una lectura ligera que no demandaba mucha concentración para poder de vez en cuando echar un vistazo a sus retoños, por aquello de los roba-niños. En eso, la vecina también salió con sus hijos (hasta aquí el hecho era comprensible y aceptable.) Sin embargo, la vecina llevaba en sus manos una caja cuyo contenido sus hijos celebraban y lo cual hizo que los niños de las bicicletas pararan en seco su recorrido y corrieran a

observar, mejor dicho, a admirar. La madre estaba recelosa. Dejó de lado su libro, y se acercó a la codiciada caja y así vio algo inaudito: la caja de la vecina tenía seis conejos y los niños, propios y ajenos, babeaban al contemplarlos.

La madre de los niños de las bicicletas estaba a la expectativa. La vecina con cordialidad y dulzura hizo el temido ofrecimiento: “¿Quieren un conejito?”. Los niños miraron a su madre. La madre pálida y sorprendida de tal proposición quedó muda. Los niños suplicaban y con ojos llorosos imploraban una respuesta afirmativa. Y acariciando al inofensivo animalito, preguntaban: “Mami, ¿podemos dejarnos uno?”.

Ya incluso habían seleccionado un conejo, “el de las manchitas” insistían. La madre se repuso, tomó fuerza y expresó sus argumentos: “¡Ay no!

Ya tienen peces y tortugas, ¿para qué quieren un conejo?”. Pero los ojos angustiosos de sus hijos lo decían todo y debilitaban cualquier argumento. La madre, literalmente, quería ahorcar a la vecina. No podía creer que esto le estuviera ocurriendo a ella. Ella que siempre se las había ingeniado para evitar perros y gatos en la casa. Ella jamás se imaginó que algo así pudiera ocurrirle.

La vecina, como para endulzar las cosas, aclaró: “Se los puedo prestar por unos días”. La madre ahora no podía negarse aunque sabía que el préstamo no sería ni temporal ni sería préstamo.....

* Profesora de la Escuela de Lenguas Modernas, Universidad de Costa Rica.

“Sprinkles” así fue llamado el conejo por tener pintitas en el lomo. Mis hijos, mitad costarricenses y mitad estadounidenses usaban a menudo el idioma inglés en sus juegos. Ese día esperaron a su padre con ansia para enseñarle la nueva adquisición de la familia. Mi esposo, acostumbrado a tener animales de pequeño, sonrió al ver al conejo. Yo, por el contrario, no quería ni verlo. En mi niñez sólo mi hermana tuvo peces, animales en un ambiente controlable, bueno ni tanto. Recuerdo que una vez llegamos a ver la pecera, que por descuido estaba media vacía, y todos los peces habían saltado. Parecía un campo de batalla con todos esos cadáveres decorando el suelo. Mi hermana lloró muchísimo. Pero a mí los animales me resultaban indiferentes. Nunca tuve una mascota y nunca la deseé.

Cuando la gente le dice a uno: “Los conejos se comen todo” uno cree que exageran. Pero cuando uno tiene un conejo, se da cuenta que la frase no es nada hiperbólica. Sprinkles comía de todo, desde los cables de los audífonos del radio de mi hija, los cordones de los tenis Nike de mi marido, las postales de colección de mi hijo, hasta las patas de las sillas de la terraza. En realidad, lo que se le daba de comida era algo entre las muchas opciones que Sprinkles tenía en la casa. Empecé a poner condiciones: “Yo no lo baño,” dije. “Los conejos se limpian solos” me contestaron. “Yo no lo voy a alimentar”, añadí. “Nosotros lo haremos, Mami”. “Y yo compro la comida” agregó mi marido. Todo era una conspiración en mi contra. Entonces impuse la última condición: “Ese conejo no entra a la casa”. Al principio todos hicieron caras largas, pero después la aceptaron. Lastimosamente, Sprinkles era el único que ignoraba tal mandato.

Mi vida, siempre hética debido a mis deberes profesionales, domésticos y familiares, se aceleró un poco más con la presencia del conejo. Ya no se podía dejar abierta la puerta de la cocina porque Sprinkles corría y se metía en la casa. Cuando esto ocurría, yo lo perseguía (a veces lo tenía que buscar, pues las posibilidades de escondite eran numerosas) y lo llevaba de vuelta al patio. Así las técnicas de persecución se fueron desarrollando poco a poco. Primero fue la

escoba la cual tenía sus limitaciones: no cabía en todo lado y tenía poca flexibilidad. Después fue el rociador de agua. Esto resultó mucho más eficaz, pero no podía utilizarse en ciertas partes, como la zona donde se encontraban las computadoras. Y por desgracia Sprinkles se había dado cuenta de esto.

Junto con la persecución de Sprinkles venían mis reclamos, mis arrepentimientos de haber permitido la presencia del conejo en la casa. Mis hijos corrían cada vez que la persecución ocurría temerosos de que se me fuera un escobazo de más y lo aplastara. Ellos, al contrario, estaban fascinados con su nueva mascota. Los sábados le compraban su comida. También le compraban ropa y juguetes. Hacían todo lo posible para hacerle la vida placentera al conejo. Lo abrazaban, lo mimaban. No sabían que hacer con él. El conejo, por su parte, se dejaba querer. Los lamía a cada rato y se echaba en el patio con toda tranquilidad para tomar y sol y para que así mis hijos le acariciaran el lomo “de pintitas”.

Así, Sprinkles fue creciendo, engordando, y se veía un conejo feliz. “No parece un conejo, es muy sociable”, me decía el jardinero. Mi esposo lo secundaba al decir: “Se comporta como un perro, siempre anda detrás de uno”. En realidad, yo nunca noté nada de esto, pues nunca he sabido mucho de animales. Lo que sí noté fue que aparte de entrar corriendo a la casa para recorrer un sendero de obstáculos cada vez que tenía la oportunidad, Sprinkles hacía un ritual. Cuando uno menos lo esperaba, el conejo empezaba a darle cinco o seis vueltas. Nunca supe por qué lo hacía: si quería jugar, si buscaba compañía, o si era una forma de expresar su alegría. Más de una vez estuve a punto de majarlo sin querer, pero su velocidad esquivaba el posible accidente. Sin embargo, un viernes en la noche, cuando estaba yo en la cocina, oí a mi esposo gritar: “Sprinkles” y luego llegó pálido a decirme: “Creo que le quebré una pata”. Esta vez Sprinkles no fue lo suficientemente veloz en su ritual de vueltas y mi esposo, literalmente, “metió la pata”.

Primero yo no lo podía creer. Después, fui con mi marido a comprobar lo anunciado. En efecto, la pata del conejo parecía hecha de

gelatina. Verdaderamente, en ese lastimoso estado, esa pata de conejo no le podía traer suerte a nadie. “¿Qué hacemos?” me preguntó mi esposo. Lo miré en silencio. Pensé en los niños. Recordé lo que les ocurre a los caballos cuando se rompen una pata. No sé si él llegaría a pensarlo también, pero en todo caso no le di mucho tiempo para pensamientos tan sórdidos, pues dije con resolución: “Hay que llamar a un veterinario”. Mi esposo me miró con sorpresa al ver mi preocupación por Sprinkles. Yo también estaba sorprendida de tal reacción. No sé si lo hacía por los niños o por el conejo, pero lo cierto es que corrí a buscar la guía telefónica. Nunca había explorado esas páginas en particular. Habían muchísimos veterinarios. Sin embargo, fue difícil encontrar uno que contestara un viernes después de las nueve de la noche. Al fin pude hablar con un veterinario que hacía visitas a domicilio y le di la dirección de la casa.

Para todo esto ya los niños sabían del fatal accidente y lloraban desconsoladamente. Mi esposo no sabía dónde meterse. Y Sprinkles se había escondido. El conejo o no quería vernos o quería estar solo con su dolor. Entonces armados de focos hicimos una expedición en el patio en busca de Sprinkles. Lo llamamos múltiples veces, pero sin éxito. El herido había desaparecido y yo tuve que telefonar al veterinario para cancelar la cita. Fue una noche larga para todos. ¡Imposible! Yo no podía dormir por pensar en Sprinkles, quien lo hubiera dicho.

Al día siguiente lo encontramos y lo llevamos a la veterinaria. Mis hijos me acompañaron con cara de angustia y de dolor. La secretaria empezó a hacer preguntas: ¿Cómo se llama?, ¿Qué edad tiene? ¿Cuándo le ocurrió el accidente?

Yo contestaba esas preguntas con asombro, pues hasta entonces nunca había palpado el paralelismo que existía entre los animales y los humanos. Le dieron calmantes, le hicieron radiografías y le inmovilizaron la pata. El veterinario me dijo que había que operarlo. Mi asombro se hacía cada vez mayor. Me aclaró que eso no lo hacía él sino un ortopedista y que posiblemente nunca quedaría cien por cien como antes.

“¡Dios mío!”, pensaba yo al escuchar las palabras del doctor, “calmantes, radiografías,

una operación, un especialista, pero si está hablando de un conejo”. Yo no podía creerlo, me sentía en un mundo irreal. Mi desconcierto aumentaba cuando palpaba la seriedad del veterinario, el profesionalismo del asistente y la cara de compasión de la secretaria. Entonces resultaba que yo era la cruel, la inhumana, la equivocada. Por lo tanto, Sprinkles fue operado, estuvo en observación, se le medio enyesó la pata y luego se le dio rehabilitación. Además del aspecto económico que representó tal percance, yo no podía entenderme. Por un lado, todo me parecía ridículo y por el otro, me sentía realmente preocupada y conmovida por Sprinkles.

Mis hijos también se sorprendieron por mi “nueva sensibilidad”. Mi esposo estaba más perplejo que ellos. En realidad, él trataba de evitar el tema. Pero cuando Sprinkles aparecía en escena con su pata afeitada y envuelta, era difícil no pensar en el accidente. Debo aclarar que lo que yo sentía por Sprinkles no era un amor repentino sino más bien tolerancia y comprensión, con sus limitaciones por supuesto. Esto no quería decir que lo estuviera abrazando a cada rato, como lo hacía mi hija, o que me sentara a acariciarlo y a hablar con él como lo hacía mi hijo. Sin embargo, recuerdo que fui yo quien le compró el queque de zanahoria cuando cumplió un año. Además, Sprinkles era parte de todas las celebraciones familiares: Navidad, año Nuevo y sobretodo Pascua. Era tan especial tener nuestro propio “conejo de Pascua”.

Ahora, soy yo la que a veces lo quita del camino para que mi marido no vuelva a “meter la mata” y quiebre la del conejo. Soy yo la que estoy escribiendo un cuento sobre Sprinkles. En realidad, en cierta forma Sprinkles y yo nos entendemos. Ahora lo veo y él me ve también. A veces creo que todo lo entiende y lo razona. Bueno es que al ser miembro de nuestra familia bicultural tiene como ancestros nada menos que a Bugs Bunny y a Tío Conejo. A veces todavía corro tras de él si entra a la casa. Pero cada vez es menor mi deseo de correr o su deseo de entrar. Simplemente, me ve, se detiene y se echa para atrás. Yo, por mi lado, a veces me hago de la vista gorda si veo una sombra blanca pasar vertiginosamente por la sala. Porque he de contarles

que la operación fue todo un éxito. Sprinkles sigue corriendo con la misma velocidad de antes.

No, no puedo decir que me haya vuelto una “amante de los animales.” Pues nunca lo he sido, ni nunca lo seré. Por eso, todavía como atún sin ningún remordimiento y no pertenezco a ninguna asociación protectora animal o ambiental.

En cambio, sí puedo decirles que ahora soy menos indiferente hacia el reino animal que a veces parece tener mucho de racional, que a veces es un reflejo del mundo humano y que a veces nos despierta instintos dormidos o sentimientos callados. No sé cuánto tiempo estará Sprinkles con nosotros. Pero les soy sincera, espero que sea un buen rato.